

# Retiro de Adviento

## «Esta Navidad, misioneros de la Fe»

1Diciembre 2012 P. Carlos Padilla

---

### I. Adviento: un Dios que se hace carne y sale a nuestro encuentro.

Necesitamos mucha audacia para salir al encuentro de Dios que se hace carne. Y mucha más audacia para encontrarnos con el hombre y ser hoy misioneros de una fe viva. Jesús nos lo pide: «*Id, yo os envío como corderos en medio de lobos*» Lucas 10,3. Todo retiro nos da la posibilidad de encendernos en el amor de Dios e iniciar el camino del Adviento saliendo de nuestra comodidad. Es el camino de la luz que se abre paso en la oscuridad de la noche. El camino de Cristo que viene para que nosotros llevemos su luz a muchos corazones. El camino que nos abre a la vida y nos llena de esperanza. El Adviento nos prepara para la Navidad, para que sea un tiempo de paz en nuestros corazones, para que Cristo nazca con su paz. Cada día, cada eucaristía, cada vela que se enciende preparando su nacimiento, nos confronta con el deseo de paz que hay en el corazón del hombre. Cristo entrega su poder divino y se muestra en la humildad de su carne. Lo hace para darnos su paz, porque su Reino no es de este mundo. Cada día vemos cómo en el mundo que nos rodea no hay paz. Y nos acostumbramos a tantas imágenes de violencia que llenan las noticias. Bombas, niños asesinados, cuerpos calcinados. Ya nada logra que detengamos la mirada y reflexionemos. ¿Qué mundo estamos construyendo? La situación bélica en Tierra Santa ha reflejado el poder del odio, la dureza del corazón del hombre que rechaza vivir en el amor. En esa tierra sin paz se hizo Dios Niño para sembrar la paz; tanto odio acumulado a lo largo de siglos sólo puede ser vencido por el amor! Violencia, muertes inocentes, dolor del hombre. Es difícil construir la paz en un mundo tan dividido, con tanto rencor. Pero el amor es más fuerte. Y ese amor se hace carne para que aprendamos a amar.

En este mundo sin esperanza el Adviento nos prepara y quiere hacer crecer en nosotros la esperanza. Porque vivimos en un mundo desesperanzado. Un mundo en el que la crisis ha apagado toda la luz y no se ve bien el camino en mitad de la noche. Un mundo donde el hombre vive sin encontrar un sentido a su vida. Nosotros estamos llamados a vivir con una esperanza, como testigos de un tiempo nuevo que comienza cada Navidad. Cada vez que dejamos que Cristo nazca en nuestras vidas algo empieza a cambiar. Queremos que las palabras de Santa Teresa se hagan realidad en nosotros: «*Eleva el pensamiento, al cielo sube, por nada te acongojes, nada te turbe. A Jesucristo sigue con pecho grande, y venga lo que venga, nada te espante. ¿Ves la gloria del mundo? Es gloria vana, nada tiene de estable, todo se pasa. Aspira a lo celeste, que siempre dura; fiel y rico en promesas, Dios no se muda. Ámale cual merece, Bondad inmensa; pero no hay amor fino sin la paciencia. Confianza y fe viva mantenga el alma, que quien cree y espera todo lo alcanza. Vénganle desamparos, cruces, desgracias; siendo Dios su tesoro, nada le falta. Id, pues, bienes del mundo; id, dichas vanas; aunque todo lo pierda, sólo Dios basta*

. Esta oración refleja el deseo del corazón: vivir totalmente arraigados en Dios, con la paz de Dios. Como niños que confían en el poder de Dios. Es lo que anhela el corazón. Que no nos apeguemos a los bienes que pasan y vivamos así anclados en Dios.

**Pero somos conscientes de la fugacidad del tiempo.** No lo controlamos y se nos escapa de las manos. Sabemos que el tiempo es muy valioso, pero lo desperdiciamos. Una persona describía muy bien la levedad del tiempo, de nuestra propia vida: « *Ay! Ni siquiera el tiempo es lo que era. Soportar que no ocurra nada, vivir un tiempo casi inexistente; porque no quiere transcurrir, un tiempo que renuncia a ser él. ¡Qué fragilidad!* Soy feliz así. Vivo inmersa en otro mundo, sumergida en un eterno día, una atmósfera feliz me envuelve, percibo mi pequeñez, me acurruco dentro de un rayo de tu luz, Señor, y me asusta la levedad de mi existencia, ¡qué desconcertante fragilidad! Y, sin embargo, soy feliz así. *Ay este tiempo que se me enfrenta con su burlona parsimonia!* Pero yo le hago una "llave" y me pongo a crecer». Con estas breves líneas se describe la fugacidad del tiempo que nos toca vivir y la oportunidad que se nos regala siempre de nuevo para crecer. A veces pasan los días sin que nada nuevo suceda. Queremos cambiar, que el mundo cambie, y todo sigue igual. Es la fragilidad del tiempo que se nos regala. Por eso viene bien que nos confrontemos con este tiempo fugaz, un tiempo efímero y frágil. Los días, las semanas, los meses. Pasan sin detenernos a analizar nuestra vida. Es el tiempo que perdemos casi sin darnos cuenta. El tiempo que nos puede hacer mejores. El tiempo que se compone a veces de oportunidades perdidas.

**Comienza el Adviento, que es un tiempo de gracia, un tiempo de espera y misericordia, un tiempo de paz.** Tiempo, más tiempo, más horas, días, casi un mes, para que el alma se prepare. Tiempo necesario para que crezca el deseo, para que vuelva la esperanza al corazón del hombre. Tiempo para que cada vela encendida acabe con la oscuridad del alma. Aunque corramos el riesgo de dejar pasar otra oportunidad para cambiar, para que el corazón se convierta. El tiempo pasa y podemos encontrarnos de nuevo vacíos en Navidad; sin darnos cuenta se nos escapa el Adviento, si no nos ponemos manos a la obra desde el primer día. Pasa el tiempo fugazmente y nos sorprende volver a estar como al principio. Así es la vida, el tiempo pasa volando y no lo aprovechamos. Ante esta necesidad, ante este tiempo que se nos confía y escapa, queremos detenernos y hacer silencio, reservarnos un día por lo menos, para pensar en este tiempo de gracias que tenemos ante nosotros. Sin embargo, ¡Cuánto nos cuesta detenernos un momento! ¡Qué difícil hacer silencio! Parece como si todo nos impulsara en una lucha sin cuartel con la propia vida. Nos cuesta mucho parar los motores, desconectar los relojes, los móviles y las agendas y hacer silencio.

**El Adviento nos obliga a ponernos en camino.** No permite que nos quedemos al borde de la vida dejándola pasar. El otro día leía un lema que me parece interesante: «*El alma va a pie*». Nuestra fe es peregrina. Es necesario ponernos en camino y dejar las comodidades para que crezca la fe. Somos misioneros peregrinos de una fe viva. Nos ponemos en camino y salimos de nuestra fortaleza interior. Esa salida nos lleva a adherirnos a la fe en Cristo, en ese Dios que se hace carne en medio de los hombres. Dice Benedicto XVI en este año de la fe: «*La fe permite un conocimiento auténtico de Dios, que implica a toda la persona: se trata de un "saber", un conocimiento que le da sabor a la vida, un nuevo gusto de existir, una forma alegre de estar en el mundo. La fe se expresa en el don de sí mismo a los demás, en la fraternidad que se vuelve la solidaria, capaz de amar, venciendo a la soledad que nos pone tristes*». Una fe viva y solidaria. Una fe que es amor personal a Cristo. En un mundo egoísta y narcisista como es la sociedad en la que nos movemos, la fe nos hace poner la mirada sobre los grandes valores que buscamos en el corazón. Necesitamos una fe que abarque a toda la persona y nos saque

de nuestro egocentrismo, de nuestras preocupaciones y miedos. Una fe integral, no reducida a un conjunto de verdades, sino que toque el corazón.

**Una fe que nos permita vivir con alegría la entrega a los demás, venciendo la tristeza de la soledad en la que a veces nos sumimos**, por miedo a perder la vida. Queremos aprender a caminar con ojos nuevos, mirando la necesidad de los otros. Ojos que sepan encontrar a Dios y nos permitan reconducir nuestro camino. El desafío de encontrarnos con el hombre. Necesitamos aprender a ser solidarios en esta época de crisis. Queremos volcarnos a socorrer al que más lo necesita, al que sufre la indigencia, al que no tiene y no pide. Cuando vivimos centrados en nosotros mismos, pendientes de nuestros intereses egoístas, se nos agota la vida. El Adviento nos mueve a ponernos en camino, a salir de nuestra urgencia y de nuestra necesidad. Nos lleva a inclinarnos sobre el necesitado, a socorrer al que no es capaz de pedir ayuda. Acercarnos a aquel que no tiene trabajo, al que va a perder su hogar. El Adviento es un tiempo para buscar a Cristo que se hace carne en el que sufre, en el que está solo, en el que necesita amor, socorro, calor. Estamos llamados a ser puentes que unan la gruta solitaria en la que nace Cristo en Belén, con el corazón de aquellos que no se acercan a la gruta sagrada. Y es que el hombre ya no se pone en camino porque parece no tener hambre de Dios. Ha perdido la fuerza para caminar. Por eso nosotros sí que nos ponemos en camino para establecer ese puente, para despertar el hambre de Dios. Somos sacerdotes. Somos puente hacia el cielo. Unimos lo humano y lo divino.

**Al mismo tiempo el Adviento es un tiempo para la contemplación.** Queremos recuperar el asombro ante la vida. Aunque es la levedad de los días la que nos confronta con nuestra incapacidad para contemplar. Porque el alma necesita detenerse para contemplar el misterio, los misterios, la vida misma. Y nosotros no tenemos tiempo que perder. Sí, el corazón necesita detenerse para tomarle el peso al tiempo que comienza, al tiempo que pasa, al propio tiempo que Dios nos regala. Vivimos con prisas y no hay tiempo para contemplar. Es fundamental que nos preparemos para el nacimiento de Jesús contemplando a Dios en la humildad de su carne, de nuestra propia carne. Son pocos días, apenas 24 para acercarnos como niños al pesebre. Benedicto XVI nos muestra el sentido de su presencia entre pajas: «*El pesebre es donde los animales encuentran su alimento. Sin embargo, ahora yace en el pesebre quien se ha indicado a sí mismo como el verdadero pan bajado del cielo, como el verdadero alimento que el hombre necesita para ser persona humana. Es el alimento que da al hombre la vida verdadera, la vida eterna. El pesebre se convierte de este modo en una referencia a la mesa de Dios, a la que el hombre está invitado para recibir el pan de Dios. En la pobreza del nacimiento de Jesús se perfila la gran realidad en la que se cumple de manera misteriosa la redención de los hombres*»<sup>1</sup>. El Adviento es entonces la oportunidad que Dios nos da para que aumente nuestra hambre esperando el alimento del pesebre. Nos queremos alimentar del Pan que da la vida. A veces buscamos sucedáneos en el mundo. Nos apegamos a los bienes de la tierra buscando allí la felicidad prometida. Decía San León Magno: «*Donde está tu tesoro, allí está tu corazón. El tesoro del hombre viene a ser como la reunión de los frutos recolectados con su esfuerzo. Lo que uno siembra, eso cosechará, y cual sea el trabajo de cada uno tal será su ganancia; y donde ponga el corazón su deleite, allí queda reducida su solicitud*». Queremos poner nuestro

---

<sup>1</sup> Benedicto XVI, “La infancia de Jesús”, 75

deleite en los bienes del cielo. Nuestro corazón en lo eterno. Porque es allí donde no sólo nos sentimos en paz a su lado, sino que además comemos su carne, el verdadero alimento.

**Queremos contemplar al Dios que se hace carne, alimento, comida suficiente para saciar el hambre de Dios que padecemos.** El hambre de felicidad que todos tenemos. Es cierto que también sufrimos hambre material, porque la necesidad es grande en la crisis que vivimos. Pero sobre todo, lo más importante, padecemos un hambre profunda, un hambre inconcebible, un hambre sin nombre que nos hiere por dentro y nos muestra la precariedad de nuestra vida. Un hambre que nos lleva a mirar nuestro vacío existencial. Buscamos un alimento que le dé sentido a nuestra vida, que nos sacie para siempre. No queremos tener hambre de nuevo. Queremos caminar hasta Belén, descubrir al Niño en la gruta, tocar su carne limpia y alimentarnos para la vida eterna. Necesitamos aprender a contemplar.

**Se trata de un Dios que se hace carne y se nos regala.** Es el alimento verdadero. Cada día para cada día, en cada eucaristía, Cristo vuelve a nacer y nosotros volvemos a celebrar con alegría, como los niños, la Navidad. La Eucaristía es la expresión de ese amor inmenso de Dios por el hombre, de ese amor humilde que se entrega, de ese pan partido que es alimento en la mesa pascual. Alimento verdadero que nos regala la vida verdadera, la vida que merece la pena ser vivida, la vida eterna. El Padre Pío veía en la eucaristía la fusión de estos dos amores: «*Me siento devorado por el amor a Dios y al prójimo. Los fieles tenéis que asistir a la misa como María y San Juan, con sentimientos de compasión, de veneración y amor. En los libros se busca a Dios. En la oración se lo encuentra*». La eucaristía es ese Belén soñado, en el que la carne de Cristo se parte y entrega. En la humildad del pan partido vuelve Cristo a nacer. Y nosotros a veces pasamos por encima cada eucaristía, sin detenernos, sin valorar el instante. No nos conmovemos ya al tocar ese pan sagrado que es carne. Por eso tampoco lo hacemos ante el pesebre en el que cada Navidad vuelve Dios a hacerse carne. Debemos volver al asombro inicial. Esa capacidad para sorprendernos que hemos perdido. Decía Benedicto XVI: «*Yo me conmuevo cada día, cuando, al dar la comunión, cumplo con el deber de pronunciar "el Cuerpo de Cristo". Entonces estoy dando a los hombres algo que vale infinitamente más que mi propio ser. Les estoy dando al Dios vivo para que lo reciban en sus cuerpos y se aloje en sus corazones*». Ese cuerpo de Cristo, esa sangre derramada, toman posesión de nuestras vidas cuando nos abrimos al misterio. Nos alimentan y se hacen parte de nuestra propia carne. Nos elevan, y nos asemejan a Aquel que viene a vivir entre los hombres.

**La eucaristía es el Belén permanente en nuestra vida.** Es la escuela en la que María, al dar a luz a su Hijo siempre de nuevo, en las manos del sacerdote, nos enseña a vivir. En el Belén de la santa misa nos anonadamos ante el misterio que nos desborda. Tocar el pan, Dios hecho carne, nos recuerda el misterio de la Navidad. María da a luz al Niño en nuestro corazón y lo hace por manos consagradas en cada eucaristía. Es la mujer del Adviento, la mujer de la esperanza que da a luz a Cristo. Ella hace presente la gruta de la presencia de Dios. Es ese altar en el cual Dios vino a los hombres, Dios con nosotros, el sagrario vivo, el seno de María. Hoy recordamos la actitud de los pastores arrodillados ante el misterio, ante María y José, ante el Niño envuelto en pañales. En la normalidad de la noche brilla la luz del misterio. Se quedan sorprendidos, sin comprender demasiado. Es el misterio que nos recuerda que no podemos dejar pasar a Cristo sin darle un lugar en nuestra vida. Nos hace ver que no es necesario comprenderlo todo para arrodillarnos y

adorar con sencillez. Nos recuerda que si Cristo pasa de largo y no se queda con nosotros, nuestra vida no es santificada con su presencia, no será sagrada y seguiremos viviendo sin esperanza. Sabemos que lo sagrado hace sagrada nuestra debilidad, llena de vida el vacío del alma. La presencia santa de Dios nos santifica, santifica nuestra vida, nuestro caminar, nuestro trabajo. Decía Raniero Cantalamessa: «*El pan es signo de alimento, de comunión entre quienes lo comen juntos; a través de él llega al altar y es santificado todo el trabajo humano*». Hace sagrado nuestro esfuerzo diario, nuestra rutina. Todo cobra sentido en el alimento de Cristo vivo. Y entonces, nuestro caminar, aparentemente insignificante para el mundo, cobra nuevo valor a los ojos de un Dios que nos mira en las pupilas de un Niño. Nosotros contemplamos la presencia de un Dios con nosotros. Y Dios contempla nuestra pobreza con amor. Le entregamos nuestra vida diaria y Él la hace suya.

**Nos preparamos entonces para el gran misterio de la Navidad y queremos que cada eucaristía informe nuestro corazón durante estos 24 días.** Queremos que le dé una forma nueva. Una persona comentaba: «*En la Iglesia católica se ha llamado comunión al acto de recibir el cuerpo de Cristo porque se juzgó como el acto comunitario por excelencia, el que reúne y conserva unida a cada comunidad cristiana y a todas las comunidades entre sí. Pero, no hay comunión ni comunidad sin comunicación. La comunicación es vital para la comunión verdadera*». La eucaristía es comunión. La Navidad es comunión. Es familia. Es una fiesta de familia y muchas veces nos confrontamos con nuestra debilidad para unir. Las tensiones, las heridas, los rencores, tiñen el ambiente festivo. No queremos que nuestra Navidad sea eso. Anhelamos el milagro de la transformación, anhelamos la paz. Son días sagrados en los que Cristo se hace carne en los que comen una misma carne. Se comunica con nosotros en nuestro lenguaje. Nosotros, por nuestra parte, necesitamos aprender a comunicarnos desde el corazón. A veces las palabras lo entorpecen todo. Navidad, el silencio de Navidad, es un diálogo sin palabras. La comunión de ese pan partido por el hombre es un diálogo callado, silencioso. Dios espera de nosotros que abramos nuestra vida, nuestro corazón, a veces tan cerrado, y permanezcamos en silencio, escuchando y aguardando. Espera que nos quitemos tantos muros que nos limitan y nos hacen incapaces de comunicarnos. Dios quiere que nuestro Belén se abra a todos aquellos que creen en el mismo misterio y también a todos aquellos que no tienen fe, que viven sin esperanza, perdidos y olvidados.

**El Adviento y la Navidad nos invitan a ser nosotros pertenencia de Dios y, como posesión suya. Nos hacemos así, a su imagen, pan de vida para otros.** Dice la Madre Teresa: «*El Señor me pide no mis obras, sino que me dice: Te quiero a ti*». El Señor nos quiere a nosotros, no nuestras obras limpias y puras, no nuestros éxitos enmarcados, ni nuestros logros fruto de la entrega. Nos quiere por entero, quiere nuestro sí, y también nuestro pecado. Quiere nuestra vida, pero, sobre todo, quiere nuestro sí sencillo al amor recibido. No quiere nuestras obras, sino nuestro alegre y dispuesto sí a dar la vida por amor. Quiere que nuestra vida sea pan sagrado para muchos, la presencia de su carne viva entre los hombres. Quiere que podamos ser nosotros el alimento de esperanza que el hombre necesita. Quiere que no dudemos, que no nos guardemos nada, que no temamos darnos por entero. Quiere que abramos a los hombres una nueva gruta, la gruta de la Iglesia en la que Cristo se hace carne cada día. Quiere que saciemos el hambre del hombre hoy.

**En la Navidad, en el misterio de la eucaristía que cada día celebramos, nos habla del dolor del hombre que sufre.** Queremos contemplar a Cristo vivo que sufre en el hombre. Nos conmovemos ante tanto dolor. Decía Raniero Cantalamessa: «*Planteémonos la misma pregunta para la sangre. ¿Qué significa y qué evoca para nosotros la palabra sangre? Evoca en primer lugar todo el sufrimiento que existe en el mundo. Si, por lo tanto, en el signo del pan llega al altar el trabajo del hombre, en el signo del vino llega ahí también todo el dolor humano; llega para ser santificado y recibir un sentido y una esperanza de rescate gracias a la sangre del Cordero* *inmaculado, a la que está unido como las gotas de agua mezcladas con el vino en el cáliz*». En la Eucaristía le ofrecemos al Señor todos los sufrimientos. Recibimos de Él su vida para vivir en su amor y con esperanza. Ofrecemos especialmente el dolor de la enfermedad, de la crisis, de las muertes de nuestros seres queridos. Ese dolor tan humano, nacido de las entrañas de la soledad. En la eucaristía se entrega el dolor de nuestra vida para que Dios lo pueda acoger. La enfermedad de aquellos a los que amamos, el propio dolor físico, la pérdida aquellos a los que amamos. Entregamos el hambre de esta crisis. La angustia al sentirnos inseguros y turbados ante un futuro incierto. Entregamos la sangre de esa incertidumbre que nos hace vivir cada día en presente, sin buscar explicaciones, sin querer tener certezas sobre el siguiente día, simplemente agradeciendo el alimento diario.

**Es también la ocasión de entregar nuestras alegrías.** Añade Raniero Cantalamessa: «*Al elegir pan y vino quiso indicar también la santificación de la alegría*». A veces pierde fuerza la gratitud por las alegrías al quedarnos pensando en nuestro dolor. Muchas veces nos comparamos y no valoramos lo que Dios nos entrega. Damos por sentado que tenemos derecho al amor, a la salud, a la vida. Pero todo es un don. Nosotros, sin embargo, nos sentimos en posesión de la verdad y nunca nos parece suficiente con lo que tenemos. Perdemos la capacidad de alegrarnos con los regalos sencillos de la vida. Nada nos parece suficiente. Hoy queremos mirar las alegrías diarias. Queremos entregarle a Dios todos los regalos que recibimos. Le agradecemos por ello. En el pan y el vino, en su presencia en medio de los hombres, nos alegramos por todo lo que recibimos, por la belleza de la vida.

**Por todo ello nos detenemos a hacer silencio.** Pero hoy quiere ser sólo el comienzo. Queremos aprender a vivir en silencio, contemplando, observando a Dios cada día de nuestra vida. Decía la Madre Teresa sobre el silencio y la oración: «*Necesitamos escuchar a Dios, porque lo que importa no es lo que nosotros le decimos sino lo que Él nos dice y nos transmite. La oración alimenta el alma. Como la sangre para el cuerpo así es la oración para el alma y nos acerca a Dios. También nos da un corazón más limpio y puro. Un corazón limpio puede hablar con Dios y ve el amor de Dios en los otros. Cuando tienes un corazón limpio, quiere decir que eres sincero y honesto con Dios, que no le ocultas nada, y eso le permite tomar lo que Él quiere de ti*»<sup>2</sup>. Queremos escuchar a Dios aunque muchas veces no logremos descifrar su lenguaje. Como decía el otro día un niño de 9 años: «*Dios me habla, pero no me entero de nada. Debe hacerlo en ese idioma de ángel que todavía no domino*». Es lo que nos sucede a veces a nosotros, y no tenemos 9 años. Escuchamos una voz que no entendemos, un idioma totalmente desconocido. Intentamos hacer silencio y el alma está llena de ruidos. Tenemos que meditar sobre nuestra vida, sobre el libro de la vida en el que Dios nos habla. En palabras de Amalia Casado: «*Creo que se trata de volver a pasar los recuerdos por el lugar más íntimo de*

---

<sup>2</sup> Madre Teresa, “Camino de sencillez”, 51

*nuestro ser donde no podemos escondernos de nosotros mismos, y donde algo hay que arroja luz y nos ayuda a reconciliarnos y curarnos*». Pasar los recuerdos por el corazón y allí descansar en Dios que arroja luz sobre nuestra vida y nos muestra el camino. En su luz descubrimos su carne, su vida, su amor y su mano, que nos devuelven esa paz perdida.

**El Adviento es un tiempo para crecer como familias cristianas, para crecer en el amor conyugal.** Decía el P. Kentenich: «*El amor es y seguirá siendo una comunidad de sacrificios. El amor debe ser un amor que ampare, que tenga fuerza cobijadora. Pero no debemos aspirar al amor cobijador y enaltecedor sin estar a la vez dispuestos a ofrecer un amor que sostenga y sobrelleve*»<sup>3</sup>. Y añade: «*Sin un mutuo sostenerse y sobrellevarse por parte de los esposos, a la larga no será posible cultivar un amor verdadero y auténtico*»<sup>4</sup>. Si no ponemos como prenda nuestro propio corazón no crecemos. Si no aceptamos que el amor implica sufrimiento y renuncia, nunca maduraremos. Navidad y el Adviento nos hablan no de un amor dulzón que no sufre, sino de un amor que se entrega por nosotros desde el dolor de la cruz. Necesitamos entregar nuestra vida y ponerla a disposición para poder madurar en la vida. W. Bradford Wilcox, profesor de sociología de la Universidad de Virginia, es el autor de una investigación junto con Jeffrey Dew. En este estudio la generosidad es definida como: «*La virtud de dar cosas buenas al otro cónyuge libremente y en abundancia*». En ese informe se valoraban tres comportamientos concretos: los pequeños actos de servicio de cada día, las muestras frecuentes de afecto y la capacidad para el perdón. Ninguno de estos tres actos son obligaciones estrictas del matrimonio, como sí lo son la fidelidad, la ayuda mutua o el apoyo económico. Y el estudio veía la importancia que tenían. Para mejorar la convivencia entre los esposos no hace falta entonces recurrir a grandes gestos de generosidad, sino que a menudo bastarán pequeñas acciones positivas que introducen mayor novedad en el matrimonio, y entra así la relación en una nueva dinámica. Prestar más atención a las necesidades del cónyuge que a las propias robustece el matrimonio, lo hace más firme y hace posible que crezca el amor. Benedicto XVI decía al respecto en Milán: «*Y vuestro amor es fecundo, en primer lugar, para vosotros mismos, porque deseáis y realizáis el bien el uno al otro, experimentando la alegría del recibir y del dar*». El Adviento y la Navidad son una oportunidad nueva que se nos regala para crecer en el amor. Ese amor desinteresado y alegre a los hijos. Ese amor abnegado y cálido a nuestro cónyuge.

## PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN:

1. ¿Cómo llegamos a este retiro? ¿Qué tenemos que dejar en manos de Dios para que Él nos dé la paz que necesitamos?
2. ¿Qué acontecimientos quisiéramos poner ante nuestra mirada, para que Dios y María nos regalen la luz imprescindible para descubrir sus huellas?
3. ¿Qué miedos nos quitan hoy la paz, nos impiden desconectar del todo, nos intranquilizan?
4. ¿Qué regalos nos ha hecho Dios en este último tiempo? ¿Qué alegra nuestro corazón hoy?

<sup>3</sup> J. Kentenich, "Obra familiar", 35

<sup>4</sup> J. Kentenich, "Obra familiar", 36

# **El hombre nuevo: es el educador educado en el que los instintos son autoeducados, purificados e iluminados**

---

**El Padre dio mucha importancia a la autoeducación desde el principio.** Ya lo decía en el Acta de refundación en 1912: «*Nunca terminaremos de aprender, mucho menos tratándose del arte de la autoeducación que representa la obra y tarea de toda nuestra vida*». Sabía cuál era la meta que debían tener esos jóvenes ante sus ojos. Posteriormente va a decir que Schoenstatt era un Movimiento de educación y de educadores. Y habla de la aspiración fundamental de llegar a ser educadores educados. Por eso la autoeducación, la formación integral del hombre nuevo en una nueva comunidad, se convierte en un imperativo desde el comienzo. Y en la actualidad sigue siendo el gran desafío para el hombre moderno.

**Es por eso muy importante que en el Santuario se formen hombres libres, recios, hombres de Dios.** En una sociedad en el que no abundan los hombres libres, porque vivimos esclavos de muchas cosas. Donde faltan hombres firmes en sus principios, porque el hombre de hoy se deja llevar fácilmente por la corriente. Y donde escasean los hombres anclados profundamente en Dios. En esa sociedad hacen falta hombres autónomos que sepan buscar a Dios en las exigencias del camino y se sientan profundamente hijos de María. Hombres enamorados de los grandes sueños y que sepan luchar por alcanzar aquello que mueve sus corazones, sin claudicar nunca. Hombres que ardan en el fuego del amor por esa misión que Dios les confía. Hombres nuevos, confiados y creativos. Hombres que conozcan sus límites y sepan que para Dios todo es posible, cuando dejamos que actúe. Hombres conscientes de su riqueza, del valor de su originalidad. Hombres arraigados, porque sin raíces profundas no hay verdadera libertad. Hombres dóciles, porque la rigidez en nuestra vida nos esclaviza y nos ata sin darnos cuenta. Hombres audaces, que no tengan miedo a arriesgar, y no pequen por ser excesivamente conservadores. Hombres que se la jueguen sabiendo que en la vida a veces se gana y a veces se pierde. Pero siempre con la certeza de saber que la victoria final sólo llega, cuando lo hemos dado todo, cuando no nos hemos guardado egoístamente por miedo a perder.

**Pero a veces podemos quedarnos en la exigencia de cambiar sea como sea, sin acabar de entender que los cambios más profundos los logra Dios en nuestro interior.** La gracia siempre actúa sobre la naturaleza. Pero nosotros leemos muchos libros de autoayuda y con frecuencia nos sentimos frustrados porque hemos leído mucho y no avanzamos.

Conocemos todas las leyes que existen para ser felices y no lo somos, para tener éxito, y no lo alcanzamos. Nos aprendemos muchas normas fundamentales para manejar nuestras emociones y pronto nos confrontamos de nuevo con los límites, como si estuviéramos, otra vez, al comienzo del camino. Es como si la autoeducación no nos valiera para nada.

Tomamos muchos propósitos y tenemos buenos deseos. Pero no funcionan. Y una y otra vez volvemos a empezar. Como lo hacemos ahora al comenzar de nuevo otro Adviento. Experimentamos la debilidad y quisieramos que todo estuviera ya purificado en el corazón. Nos gustaría tener intenciones puras cuando hacemos las cosas buscando a Dios.

Quisiéramos dominar nuestras inclinaciones y defectos para no repetir siempre los mismos

comportamientos. Nos gustaría controlar como con una varita mágica nuestros estados de ánimo, para no pasar de la euforia a la tristeza tan rápidamente. Quisiéramos saber la razón de la pena que nos invade y entender el por qué siempre volvemos al mismo pecado. Nos gustaría controlar la ira, y la pereza, y la tristeza y otras tantas pasiones que nos incomodan y nos hacen esclavos de una fuerza interior que parece no obedecer a la razón. Y al mismo tiempo nos damos cuenta de la misión tan grande que tenemos por delante. Somos cristianos, aspiramos a la santidad, queremos formar familias que lleguen a ser santas, anhelamos ser educadores educados. Al pensar en la santidad familiar a la que aspiramos, viene a la memoria el recuerdo de Luis Beltrame Quattrocchi y María Corsini, un matrimonio italiano beatificado por Juan Pablo II hace pocos años. El Papa destacó de ellos en la homilía de beatificación, que habían hecho de forma extraordinaria la rutina de cada día. Porque en eso, precisamente, consiste la santidad. Aún así nos damos cuenta de lo frágiles que somos en el camino que recorremos. Tenemos una misión sacerdotal como hijos de Dios. Queremos hacer su rostro visible entre los hombres. Queremos conducir a todos al encuentro con Dios hecho carne. Soñamos con ser puentes visibles que conduzcan hasta Dios. Aspiramos a lo más alto y nos topamos con la debilidad que vive en lo más profundo de nuestro corazón.

**La realidad nos hace ver que las pasiones forman parte de nuestra vida. Están ahí y surgen cuando menos lo esperamos, con una fuerza nueva,** como si fuera la primera vez que nos confrontamos con ellas. Sabemos que se pueden despertar en nuestro interior con independencia de nuestro deseo. El valor moral de nuestras pasiones es, no obstante, neutro. Las pasiones no son ni buenas ni malas en sí mismas. No se puede hacer un juicio moral sobre ellas. El P. Kentenich nos dice que no se trata de erradicar del alma las pasiones y lograr que desaparezcan. Eso es imposible, y, aunque se pudiera conseguir, ése no sería el camino querido por Dios. Violentaría esa naturaleza que Dios nos ha regalado en la que anidan las pasiones. Una naturaleza marcada por el pecado original. No es una naturaleza corrupta. Pero en ella la inclinación a lo bajo ha de ser vencida por la atracción de las estrellas. Las pasiones nos tienen que llevar a luchar y a aspirar a la más alta santidad. No podríamos hacer nada sin las pasiones. Porque nos hacen no conformarnos y evitan que deambulemos por la vida sin deseos. Decía el P. Kentenich: «*Feliz quien sepa encauzar hacia el bien todo el ardor y fuerza de las pasiones. Ciertamente es importante que la razón conozca la verdad y la voluntad se esfuerce en realizar el bien. Pero todavía falta una cosa: el corazón tiene que arder. Debemos entregarnos al bien con toda el alma. Así tendremos la garantía segura de nuestra perseverancia*»<sup>5</sup>. No hay vida verdadera sin pasiones. Aunque la misión consiste en educarlas para aprender así a manejárlas. Es una labor para toda la vida. Decía el P. Kentenich: «*Se trata del sacrificio de la naturaleza, del perfeccionamiento de la naturaleza y de la sublimación de la naturaleza*»<sup>6</sup>. Nuestra naturaleza con sus pasiones ha de ser educada. Y ello implica sacrificio, renuncia y trabajo de autoeducación. Así queremos lograr sublimarla.

**No obstante, el peligro del hombre hoy es que pierda sus pasiones.** Decía el P. Kentenich: «*El hombre actual ya no puede amar ni tampoco odiar. Está íntima y totalmente despersonalizado*»<sup>7</sup>.

---

<sup>5</sup> J. Niehaus, "Héroes de fuego", J. Kentenich, 81

<sup>6</sup> J. Kentenich, "Mi filosofía de la educación"

<sup>7</sup> J. Kentenich, "Obra familiar", 37

La sociedad pretende que perdamos nuestras grandes pasiones, porque así podremos ser fácilmente manejados. Ya no reaccionamos ante las injusticias, ante los abusos, ante las muertes inocentes. La ira no parece movilizarnos. Y tampoco tenemos ya grandes amores por los que estaríamos dispuestos a dar la vida. Un hombre sin pasiones es entonces un hombre fácilmente manejable. Lo podemos manipular y conducir donde queramos porque no ha puesto su corazón en nada. Por el contrario, un hombre apasionado, enamorado, profundamente vinculado, es un hombre difícil de controlar. Piensa y decide por sí mismo, con autonomía. No es fácil llegar a manipularlo porque no se vende a ningún poder. Tiene principios firmes y no los deja de lado aunque sufra amenazas. En la escasez y en la abundancia tiene claras sus prioridades y no cambia el lugar que ocupa Dios en su vida. Un hombre apasionado es un hombre firme. Es un hombre que ha puesto el corazón en aquello que sueña, en la meta que anhela para él y los suyos.

**Pero la verdad es que, enfrentados ante este gran desafío, constatamos algo importante: no podemos hacerlo solos.** Lo sabemos, la irrupción de gracias que supone la alianza del amor del 18 de octubre de 1914 significa un cambio fundamental en la vida del P. Kentenich y de sus hijos espirituales. Dos años de esfuerzo y lucha por la autoeducación no habían dado los resultados esperados. Hasta ese momento habían tratado de autoeducarse simplemente bajo la protección de María. Pero en 1914 Ella se toma en serio ese deseo, se establece en el Santuario y se convierte en Madre y Educadora. Se compromete con aquellos que la aman y han demostrado durante mucho tiempo ese amor fiel. María nos dice desde el Santuario: «*Amo a los que me aman*». Son las palabras tomadas de Proverbios: «*Yo amo a los que me aman; y me hallan los que temprano me buscan*» Prov 8, 17. Ante el amor de sus hijos María se entrega totalmente como Madre. Derrama su amor sobre los que la buscan y encuentran. Desde entonces, desde el Santuario, Ella ha querido educar nuestras pasiones, para que no lleguemos a la conclusión sin esperanza que leía hace un tiempo: «*Todas las grandes pasiones son desesperadas: no tienen ninguna esperanza, porque en ese caso no serían pasiones, sino acuerdos, negocios razonables, comercio de insignificias*»<sup>8</sup>. No se trata de anular nuestras pasiones, sino de encauzarlas, elevarlas, purificarlas y conducirlas hacia lo alto. La gracia transforma nuestra naturaleza. No la anula, sino que la eleva.

**María se convierte en la gran educadora de nuestro mundo interior**, de ese mundo interior tan desconocido, porque no somos capaces de controlar nuestro subconsciente. Decía el P. Kentenich: «*Si lo religioso ha de penetrar de nuevo el subconsciente, antes hay que soltar toda una capa al interior de la persona*»<sup>9</sup>. El Padre habla de destrarbar la vida instintiva para dejar a Dios actuar. Señala que a los sacerdotes y al hombre de hoy les cuesta mucho hacer ejercicios espirituales, «*a no ser que se considere como fruto de los ejercicios llenar la cabeza de ideas religiosas*»<sup>10</sup>. Es necesario liberar el mundo instintivo antes de que uno pueda profundizar en su vida interior. Sólo así Dios y María podrán entrar en las capas más profundas del alma. Llegarán entonces a esas pasiones que anidan en nuestro interior. Sólo así María podrá purificar e iluminar lo que nosotros solos no logramos. Podrá encender una luz en la oscuridad más profunda y así nos guiará en el camino.

---

<sup>8</sup> Sándor Máray, “El último encuentro”

<sup>9</sup> J. Kentenich, “Jornada pedagógica 1951”

<sup>10</sup> J. Kentenich, “Conferencias III, 1966”

**Las pasiones pueden despertar en el hombre atracción o rechazo ante las personas y las cosas.** Las pasiones nos pueden llevar a construir sobre el amor o sobre el odio. Buscan la complacencia de todo deseo o la huída de lo que no queremos. Persiguen el gozo pleno o evitan que lleguemos al dolor. Las pasiones, como decíamos antes, son neutras. Pero son fundamentales en el crecimiento de la fe. Decía el P. Kentenich al hablar de nuestra vocación a la santidad: «*La aspiración cristiana a la santidad suele pasar por dos conversiones. La primera es parcial, ligada a muchas reservas manifiestas y ocultas. La segunda es total y sin las reservas de una afectividad desordenada*»<sup>11</sup>. Nuestra afectividad puede estar muy desordenada. ¿Cómo se pone orden en ese mundo confuso de las pasiones? ¿Cómo lograr trabajar con esas pasiones que muchas veces siembran el desconcierto en el corazón? María es la llamada a educar nuestro mundo interior. Decía el P. Kentenich que el fin de toda educación católica es lograr «*la disposición para vivir, actuando en forma autónoma y por propia iniciativa, y como miembro de Cristo, la vida de un hijo de Dios*»<sup>12</sup>. No puede haber un fin más alto. Un fin que nos convierte en verdaderos hijos de Dios.

**Se trata entonces de llegar a ser instrumentos dóciles en manos de María.** Es el fin de la autoeducación: llegar a ser hijos de María, hijos de Dios. Con la docilidad de los hijos para la pronta escucha y respuesta a la llamada silenciosa de Dios. Queremos así llegar a ponernos a su servicio. Dice el P. Kentenich: «*La originalidad de nuestra santidad consiste en que es una santidad del instrumento, de la vida diaria y de la alianza de amor. No estamos hablando de un instrumento muerto, de una mera herramienta, sino de un instrumento libre y personal, cuya perfección interior consiste en la perfección de la instrumentalidad*»<sup>13</sup>. Un instrumento libre que no renuncia a su originalidad ni a su capacidad. Porque Dios nos ha dotado de talentos. La instrumentalidad perfecta tiene seis elementos esenciales que explico brevemente:

### 1. Desprendimiento perfecto de

Los jóvenes de hace cien años, aquellos que escucharon la llamada acta de Prefundación de labios del P. Kentenich, querían ser libres. Pero la “libertad de” tenía que tornarse en “libertad para”. De nada serviría liberarnos de algo, si no invertíamos todas nuestras fuerzas en una nueva dirección. Nos liberamos de lo que nos ata, para conducir todas nuestras pasiones en la dirección que deseamos. Decía el P. Kentenich: «*La perfecta renuncia a todo lo que no tenga una vinculación con la causa Primera (Dios y María). Tiene que desprenderse del espíritu negativo del tiempo y de todo apego desordenado a cosas o personas*»<sup>14</sup>. Este desprendimiento no es tan fácil. Los apegos surgen con frecuencia. ¿Qué cosas nos esclavizan? Los medios de comunicación nos han dado mucho campo de libertad, pero nos han hecho dependientes. No podemos vivir sin mail, sin móvil, sin whatsapp. Cuando nos liberamos, nos sentimos plenamente libres. Es el deseo del corazón que anhela vivir desprendido de lo que esclaviza. El hombre en su totalidad tiene que tender hacia Dios. El hombre con sus apetitos y tendencias físicas e intelectuales. Nuestras pasiones desordenadas muchas veces nos atan e impiden crecer. Caemos y no valoramos los efectos

---

<sup>11</sup> J. Kentenich, “Kettenich Reader” II, 22

<sup>12</sup> J. Kentenich, “Jornada pedagógica 1931”

<sup>13</sup> J. Kentenich, “Kettenich Reader” II, 22

<sup>14</sup> J. Kentenich, “Kettenich Reader” II, 24

de nuestras caídas y dependencias. Queremos ser libres y vivimos atados como esclavos. Estamos llamados a autoeducarnos, a no conformarnos con lo que ya creemos haber conquistado. La meta sigue estando lejos y el ideal brilla ante nuestros ojos. Nuestro esfuerzo es necesario. Nada se consigue sin un trabajo serio y diario.

## 2. Asociación perfecta.

Pero para lograr el ideal que brilla ante nosotros, se trata de unir todas nuestras fuerzas con Dios y con María. Así es más sencillo Decía San Francisco de Sales: «*Sólo nada puedo hacer, pero en unión Contigo me animo a todo*». Unidos a María, en alianza perfecta con Ella, parece posible lo imposible en nuestro caminar.

## 3. Docilidad para ponernos a disposición

Se trata de nuestro espíritu dócil a la voluntad de Dios. Dejar que Él y María pongan orden en nuestro corazón. Queremos ponernos a disposición de María y no siempre lo hacemos. Ponernos a disposición con todas nuestras fuerzas, con nuestros talentos y todo nuestro tiempo. Que Ella pueda usarnos con libertad.

## 4. Perfecta semejanza

El amor asemeja. El cuidado de nuestra relación filial con María nos acaba asemejando a Ella. Decía el P. Kentenich: «*Esa semejanza es fruto de la fuerza unitiva y asemejadora del amor entre Dios y el hombre*»<sup>15</sup>. Somos hijos del amor. Sólo el amor nos va transformando. Comenta el P. Kentenich la importancia de este amor que asemeja: «*Educadores son hombres que aman y que nunca dejan de amar. Los verdaderos y auténticos educadores son genios del amor*»<sup>16</sup>. El educador que ama hace lo más importante.

## 5. Seguridad y libertad de los hijos de Dios

Arrraigados en Dios aspiramos a vivir con una seguridad y libertad perfectas: «*Libertad de deseos desordenados y de excesivo miedo y confusión*»<sup>17</sup>. Libres de todo lo que nos ata. Y seguros en las manos de Dios que nos conduce.

## 6. Fecundidad extraordinaria.

La fecundidad nunca es nuestra. Es fruto de Dios en nuestros corazones. Dios hace fecunda nuestra entrega. Sabemos que nuestra misión es ser fieles en lo pequeño y hacer lo ordinario de forma extraordinaria, como nos lo recuerda el P. Kentenich: «*Santo es quien cumple con sus deberes de manera perfecta e impulsado por un amor perfecto, vale decir, quien realiza de modo extraordinario las cosas ordinarias*»<sup>18</sup>. Es la santidad a la que aspiramos. La santidad que se juega en la rutina diaria. No son nuestros los frutos. Nosotros sólo sembramos.

---

<sup>15</sup> J. Kentenich, "Kentenich Reader" II, 24

<sup>16</sup> J. Kentenich, "Mi pedagogía de la educación", 1961

<sup>17</sup> J. Kentenich, "Kentenich Reader" II, 24

<sup>18</sup> J. Kentenich, "Kentenich Reader" II, 23